

MANUEL BALLESTEROS, *POESÍA [1995-2014]*, SEVILLA, EDITORIAL RENACIMIENTO, 2015, 572 PP.

FIDEL SEBASTIÁN MEDIAVILLA
Universitat Autònoma de Barcelona

Manuel Ballesteros ha dado a la imprenta un volumen que recoge su producción poética escrita hasta el momento: las ya publicadas *Invitación al viaje* (1995), *El amanecer de la esperanza* (1996), *Recuerda a un bosque* (2001), *Los primeros avisos* (2002), *Las casas abandonadas* (2003), *Al otro lado* (2009) y dos poemarios inéditos que ahora presenta al público por primera vez, *Lectura de la Eneida* y *Los misterios del Rosario*, escrito en torno a 2005 el primero, y terminado, el segundo, en 2014.

De lo publicado anteriormente me había ocupado espaciadamente en dos trabajos que se publicaron en esta misma revista, *Lectura y signo*, y se recogen como apéndices al final del volumen que acaba de aparecer. Estos nuevos libros suponen la trastienda del autor, el baúl de lo viejo (*vetera et nova*) de donde ha ido nutriéndose el poeta, y de donde

han salido temas, imágenes, anhelos, referentes, e intenciones de su escribir: los clásicos y la Biblia; Homero (ahora pasado por Virgilio), y la vida de Jesús. De la materia homérica, concentrada en torno a la guerra (*Ilíada*) y el viaje (*Odisea*), bebemos todos. ¡Cómo no!, también Ballesteros: ahí está siempre presente en su obra la vida como camino (*iter vitae*), como lucha donde uno ha de pelear con enemigos exteriores y consigo mismo; en la *Eneida* virgiliana se combinan guerra y viaje a la vez. De la Biblia (también de Séneca y Cicerón), se nutren los ideales de Ballesteros cuando se muestra didáctico y moral.

Invitación al viaje enunciaba uno de los *topoi* preferidos por Manuel Ballesteros, la vida como viaje; *El amanecer de la alabanza*, otro de los predominantes, el deseo de permanencia, la fama. *Recuerda a un bosque*, habla de la vida como *militia*,

lucha, sobre todo interior, ascesis, trabajo para arrancar las malas hierbas y convertir el bosque salvaje en cultivado jardín; en *Los primeros avisos*, en la mitad de su vida, a punto de cumplir los cincuenta, asomaba el ansia de perpetuarse; *Las casas abandonadas*, los cuerpos sin alma, o la muerte, asunto inexcusable en el repertorio de un poeta sincero; *Al otro lado* apunta también a la muerte, con sentido del humor: sus personajes son fantasmas que están entre este mundo y el otro; de alguna manera, un inconformismo con el destino (transitorio) de almas separadas, y una referencia esperanzada al encuentro definitivo de cuerpos y almas gloriosos, que espera.

Bajo el título *Lectura de la Eneida* agrupa Manuel Ballesteros una colección de veintiocho poemas que, como el título anuncia, recogen reflexiones al hilo de los acontecimientos que se narran a lo largo de los doce cantos de la epopeya virgiliana; y lo hace de manera ordenada, recorriéndolos uno por uno, con la excepción de los cantos VIII y XI. Vienen a ser unas variaciones sobre un mismo tema, los avatares del pueblo troyano conducido por Eneas, con todos sus personajes, cuya fama viene a acrecentar ahora el poeta haciéndose eco de una tradición que desde los tiempos de Homero no ha cesado de extenderse con diversos acentos: por sus páginas hacen acto de presencia, además del propio héroe, la reina Dido (pp. 359, sig. y p. 375 y sig.), los dioses adversos con Juno a la cabeza (p. 362), el viejo Anquises, padre

de Eneas (pp. 367 y sig.); son evocados la esposa muerta Creusa, el extinto rey Príamo, el astuto Ulises, y Laocoonte con sus hijos (pp. 371 y sig.), el piloto Palinuro (pp. 371 y sig.), y los habitantes del Hades, y Caronte su barquero (pp. 382 y sig.), y el joven compañero de Niso, Euríalo (pp. 386 y sig.), y el hijo de Mezenzio, Lauso, que se interpuso entre la espada y el cuerpo de su padre (p. 390).

La materia homérica ha estado siempre presente en el imaginario de Ballesteros, desde el título de *Invitación al viaje*, o el «tejerse y destejerse de tu alma» de *Los primeros avisos*, evocador de la industriosa esposa de Ulises, pero se despliega ahora en este nuevo libro dedicado enteramente a glosar la *Eneida*, admirado de reencontrarse a sí mismo y ver reflejados anticipadamente en sus páginas los sucesos fundamentales de su vida (*nihil novum* [...]): «Te internas en las páginas de un libro, / La Eneida, por ejemplo, y nadie sabe / ni cómo ni por qué, ya estabas dentro» (p. 355). Todo vuelve de alguna manera al principio; lo mismo el poeta que el héroe y sus hazañas: «El viaje es de retorno» (p. 356).

Entretanto, la vida del poeta se desenvuelve «viajando siempre en vela» (p. 357), llevado para aquí y para allá por fuerzas que le intentan dominar («La ira de los dioses desbarata / constantemente nuestros planes», *ibíd.*) y no domina:

... Nada habría
a esto que objetar si nuestras fuerzas
fuesen como las tuyas.
Pero somos mortales ...

.....
 Nos hacen navegar de costa a costa
 con promesas extrañas que entendemos
 a medias solamente. Entre la niebla
 nos llevan, sin estrellas, ¿hacia dónde?
 (p. 358).

En su camino se interponen obstáculos belicosos («La ira de los dioses desbarata / constantemente nuestros planes ... laberintos ... tempestades ... remolinos y rocas ... monstruos ... guerras ... discordias» [p. 357]); también amores (Dido, pp. 375 y sig.) que pueden apartar de la meta, «Dejar por fin el mar y ver Italia» (p. 361).

El mar, para el poeta es el camino (*iter vitae*) y es la lucha (*militia*); Italia es el fin deseado.

Los recursos literarios que emplea Ballesteros en este poemario son, como en los anteriores, sobrios. Una versificación sin rima, de versos predominantemente endecasílabos, con heptasílabos en menor medida, y de tanto en tanto una composición en alejandrinos. Las metáforas, escasas y concentradas: «repentinas / montañas se alzan, y después, / de pronto, se desploman / sepultando a las naves» (p. 364); «pegad fuego / al bosque de los barcos mientras duermen / ociosos nuestros hombres» (p. 379). Con esta metáfora crea un efecto bellísimo que ofrece a la imaginación el conjunto (*bosque*) de mástiles con las velas arriadas, donde otros (Blasco Ibáñez y Galdós), antes, se habían quedado en un más inmediato «bosque de mástiles» o en un «bosque de palos».

Como anuncia Enrique García-Máizquez en su introducción a *Los misterios del Rosario*, el lector se siente encantado desde su primera página por ese clima sereno que proporciona lo conocido y tantas veces contemplado de la escena que se narra (la Anunciación), y el modo como lo logra el poeta con sus dóciles endecasílabos blancos, dotados de un ritmo siempre amable y seductor, que logra, a veces, con un audaz encabalgamiento (aquí en el último verso):

Un ángel y un príncipe, como era,
 consciente del mensaje que traía
 y de quién eras tú ...

.....
 transparente doncella de quien Dios
 se había desde siempre enamorado.

La Anunciación da ocasión a tres poemas: el primero, la escena; el segundo, el contexto, concentrado en la última frase, una sola palabra, «Nazaret» (p. 406); el tercero, los hechos, resumidos también en una última frase de una sola palabra, «Fiat» (p. 407).

El recogimiento, la devoción, no impiden a Ballesteros el ejercicio de su peculiar sentido del humor. En la escena de la visitación, mientras las mujeres, María e Isabel, tienen su coloquio sobre el que ha de venir,

Zacarías, José, que permanecen
 por el momento al margen de las cosas
 serias que se avecinan (en la inopia,
 como suelen los hombres) [...] (p. 411).

El sentido del humor se nos presenta tanto en la alusión como por el cambio de registro lingüístico: *estar en la inopia* es

expresión coloquial de ámbito tan familiar y cotidiano que choca ahí, en el contexto antiguo y sagrado, evangélico. Pero ese va a ser el tono general: un hombre de hoy, tal como es Manuel Ballesteros, sencillo y moderno, está contemplando y valorando con el imaginario de que dispone, con los referentes y con el lenguaje y giros que utiliza todos los días, con la sorna castellana que trajo de su patria chica.

Ante la paradoja del portal, Ballesteros adopta un modo nuevo de admirarse, a lo san Pablo, de la *kénosis* del Hijo de Dios:

Hasta el día de hoy estaba todo medianamente claro, cada cosa tenía su lugar, había un orden. Pero desde esta noche, al parecer, todo se ha trastocado. Nada menos que el mismo Dios naciendo en una cueva, rodeado de animales, soportando a esta legión de moscas ... (p. 418)

Su aportación conceptual y estilística: las *moscas*...

... ¿No os resulta esta mezcla muy rara?: los pastores, los ángeles, las moscas, el olor a boñiga reciente, los tres magos sin nombre y sin país ... (ibíd.).

Leonés, casado con asturiana, rebautiza la insignificancia del lugar:

... ir a nacer
Dios en aquel pueblín ...
.....
No es fácil entender por qué quisiste nacer de aquella forma allá en Belén (p. 420).

Quizás uno de los más bellos poemas de este libro sea este en el que,

dirigiéndose a Jesús con ocasión de las bodas de Caná, el poeta se identifica con todos los personajes que han recibido el regalo de su mirada misericordiosa:

Yo soy el paralítico y el manco
y el ciego y el leproso. Soy el novio
que en mitad de la vida se ha quedado
sin vino que ofrecer. Lléname Tú,
aunque sea con agua, hasta los bordes
las tinajas vacías y convierte
después el agua insípida en un vino
de los que se recuerdan, con aromas
de fruta y de canela y de madera.
Repara mis aljibes agrietados
para que no me pierda, como llevo
tantos años perdiéndome, y mis días
no dejen de ser nunca ya una fiesta (p. 445).

Manuel Ballesteros no deja ver (es más, las evita) influencias formales de otros autores (a no ser, en su sobriedad y sentido del humor, la del llorado Carlos Pujol, su gran amigo y referente). Sus lecturas son vastas y atentas, pero es mayor su disciplina en busca de la sencillez, la naturalidad y la economía de recursos: verso blanco, previsible, endecasílabo, heptasílabo o excepcionalmente alejandrino. Metáforas, pocas, en absoluto sofisticadas.

Los fondos culturales, las motivaciones, provienen de las vivencias personales, de su observación particular del mundo que le rodea: las personas cercanas, su casa, su trabajo, su entorno vital, sus ideales. Los autores que han influido en su formación como poeta los mencionamos hace tiempo en otro lugar: son cosas pasadas. Ahora, en la madurez, reconoce sin ambages el influjo transcendental que han tenido en su

vida y en su obra los clásicos (Homero, Virgilio...), y la lectura de la Biblia.

Al pensar, construir y redactar *Los misterios del Rosario*, lo hace como lo hacen los místicos, con diálogos y monólogos, con exhortaciones y consideraciones para adentro. No aparecen explícitas (ni implícitas) las huellas que dejaron en su memoria las lecturas de los clásicos espirituales. En cambio, aparece manifiesta (y como calcada) la escena cinematográfica de la flagelación en *La Pasión* de Mel Gibson, yendo y viniendo mediante el *flashback* del patio del pretorio a Nazaret, de Jesús a María, centrando toda la atención sobre la espalda del reo:

La espalda de Jesús que queda ahora entera al descubierto será pronto una pared de sangre, descarnada en la que se podrán contar sus huesos.

La espalda de Jesús, la misma espalda que estrechaba María cuando allá, en Belén, en Egipto, en Nazaret, le acunaba en sus brazos ... (p. 478).

¿Mística? ¿Se nos muestra aquí un Ballesteros nuevo, místico? ¿O es el asceta de *Como en un bosque* que va labrando su propio devenir a base de luchar consigo mismo buscando el ideal; el viajero de todos sus libros que arrostra vientos y mareas para alcanzar el fin deseado? Como si de un tapiz literario se tratara, comienza la profesora Isabel Colón Calderón, en «Los viajes de Pampinea: *novella* y novela española en los Siglos de Oro», reuniendo a un grupo de expertos conocedores de la novela corta y en el que va respunteando un cuadro donde presenta la influencia de la narrativa italiana en la literatura española de la novela del Siglo de Oro.